

Las letras del nombre de Jesus serviránles de signos cabalísticos para horóscopos y brujerías. Las personas de la Trinidad Santísima serviránles de números para operaciones aritméticas y para fórmulas quirománticas. Buscarán los canales por donde el pecado de Adán se ha transmitido á sus descendientes; indagarán los días que estuvo Cristo en el vientre de su madre, pues por su naturaleza especial no ha debido tener una gestación tan larga como la que hemos tenido los demás mortales. Para hablar de la fe, disertarán sobre la cuadratura del círculo; para hablar de la caridad, sobre las fuentes del Nilo; para encarecer las virtudes de la cruz, sobre los dragones de Babilonia; para alabar la eficacia de la penitencia, sobre los signos del zodiaco. Y cuando tengan que presentarse ante el Juez Supremo, para excusar sus pecados y conseguir la remisión de todos ellos, este presentará su lengua paralizada por un silencio, forzoso en quien no tiene ni sentimientos ni ideas; aquel su garganta, enronquecida de entonar salmos continuos con el discernimiento con que cantan las cornejas y los cuclillos; el de más allá los once lustros pasados en la misma celda, donde ha vivido como la esponja en su pedrusco; el de más acá los hipócritas guantes que han tocado el dinero prohibido al tacto de sus manos de carne; todos, las ceremonias practicadas sin reflexión y sin conocimiento, los ayunos interrumpidos por las indigestiones, la castidad adulterada por brutales é increíbles concupiscencias. Cuando de esta suerte se atacaba á los discípulos más inmediatos de Cristo, á sus milicias más ardientes, á las órdenes religiosas que constituían como el antemural de los Papas, ¿qué le quedaba por hacer á la Reforma? Reíase á mandíbulas batientes, no solo de los monasterios y sus reglas, sino también del culto de los santos; de que los fieles creyesen á San Anton abogado de las caballerías, á San Roque de los pestilentes, á Santa Polonia de las muelas. Sin conmoverse mucho, porque no estaba la exaltación en su temperamento, revolvíase contra los que se acordaban de los santos y se olvidaban de Cristo, como si Cristo estuviese muerto; y contra los que tenían por un sacramento de origen divino la confesión auricular. Y cuando ya había dicho todo esto, para templarlo, porque los términos medios y las dulcificaciones calculadas estaban por completo en su temperamento, declaraba prestar grandes servicios á la religión, mostrando cómo, con la tercería de un Benito, de un Agustín, de un

Francisco, los monjes daban su vida al vientre, á la lujuria, á la ambición, y á la codicia. ¿Podía decir más que esto la Reforma?

Dichas tales ideas en clásico latín y esparcidas entre las clases que podían leerlo y alcanzarlo; comenzaba la Reforma protestante, ó mejor dicho, la revolución religiosa como comenzó más tarde la revolución francesa, por medio de la aristocracia. Todas las clases superiores decían que los sacramentos, que la confesión, que el celibato, que el Pontificado, que las órdenes religiosas eran puro invento de los hombres y no creaciones de los santos Evangelios. Todas las clases superiores vejaban con duras y acres palabras á los sacerdotes que pasaban su vida pidiendo al pie de un tronco cuartos para su Iglesia. Naturalmente, la ilustración aprendida en el Renacimiento criticaba con dureza que se hiciera de Cristo un caballero andante; que se trocara el Empíreo en una corte de amor presidida por la Virgen María; que se defendiera el número de ángeles con la idea positivista y utilitaria de que si los Reyes del mundo tenían muchos ministros, necesitaba tener más el Rey de los cielos, confundiendo de esta suerte con aquel Júpiter olímpico, el cual había menester para su regalo y para su servicio de tantos dioses menores. La idea del diablo disgustaba también á muchas conciencias timoratas, sublevadas contra el predominio á su poder atribuido por aquellas supersticiones arraigadísimas, las cuales creíanle ver en la hermosura de las antiguas estatuas, en la grandeza de los clásicos monumentos, en la poesía de los mayores poetas, en la ciencia de los mayores filósofos, en todo cuanto no había visto ni oído al Salvador, con lo cual extendían los dominios del infierno y los dilataban mucho más que los dominios de la Iglesia. El diablo llenaba los aires; el diablo mordía con las picaduras de las chinches y de las pulgas; el diablo llamaba á otros diablos con los hipos y con los estornudos y con las toses; el diablo tentaba á los hombres á cada paso; el diablo tenía un reino mayor que el reino de los cielos. Hasta hubo quien se tragó un diablo, y lo tuvo en el cuerpo, y lo llevó consigo toda la vida por haber comido en día de Pascua gajos de granada y rajas de melón. Y además de los diablos había las brujas, las cuales, en cuanto la campana sonaba la media noche, montábanse sobre un palo de escoba untado con manteca de niño recién nacido, y se iban por los aires á cohabitar con Satanás y los príncipes infernales, adquiriendo los



maleficios que daban mal de ojo á las personas mas santas, que endiablaban á los abades mas respetables, que hacian mal parir á las matronas mas dispuestas á dar sus hijos á Dios, que traian por fin toda suerte de calamidades y de plagas sobre las conciencias y sobre las tierras. ¡Cuántas infelices no murieron en las hogueras por creerlas brujas, untadas con enjundias, unidas en matrimonio á los diablos, encantadoras y hechiceras! Así las inteligencias mas elevadas dolíanse de que la idea del demonio hubiera hecho del catolicismo una especie de religion persa; y la idea de las brujas y hechiceras hubiera hecho del catolicismo una religion mágica; y la idea de los innumerables santos hubiera hecho del catolicismo una religion politeista. El gran políglota y filósofo, Luis Vives, en sus comentarios á la Ciudad de Dios, duélese de que la mayoría de los cristianos adoren los santos, ni mas ni menos que los latinos y los griegos y todos los paganos en general adoraban á los antiguos dioses. Las leyendas falsas se multiplican como los seres fantásticos. Santos que jamás han visto ciertos países, tienen á porfía en ellos viviendas y sepulturas inventadas por el sórdido interés y admitidas por la cándida supersticion. Aquella Ursula, en cuyo honor se levanta la inmensa fábrica de Colonia, que por huir de un matrimonio pagano se va al mar y navega durante años enteros, en compañía de once mil vírgenes degolladas mas tarde todas ellas por los hunnos, resulta luego en las inquisiciones de una sábia crítica, segun los accidentes de su vida y hasta las desinencias de su nombre, una diosa germánica. ¿Y qué decir de las reliquias? Durante mucho tiempo, como se desconociera la geografía de la Roma católica y el sitio de las catacumbas, adoráronse como reliquias de los mártires los huesos de los paganos, que habian perseguido y acosado á los mártires y hasta las ternillas de los tigres y de los leones que se los habian comido. Los historiadores cuentan diez ó doce cráneos de San Juan Bautista. Un cura de Sens enseñaba la vara de Moisés, un sacerdote de Génova la barba de Aaron, la ciudad de Vendome una lágrima de las que Cristo vertió en el huerto. No acabaríamos nunca si hubiéramos de contar todo cuanto se encerraba de supersticioso, de embustero, de fanático, de contrario á la pureza cristiana en todas estas fábulas, que tan falsas como las fábulas paganas, carecian por completo de su inspiracion y de su poesía.



*Erasmus*



que daban mal de ojo á las personas mas santas, que endiablaban á los abades mas respetables, que hacian mal parir á las matronas mas dispuestas á dar sus hijos á Dios, que traian por fin toda suerte de calamidades y de plagas sobre las conciencias y sobre las tierras. ¡Cuántas infelices no murieron en las hogueras por creerlas brujas, untadas con enjundias, unidas en matrimonio á los diablos, encantadoras y hechiceras! Así las inteligencias mas elevadas dolianse de que la idea del demonio hubiera hecho del catolicismo una especie de religion persa; y la idea de las brujas y hechiceras hubiera hecho del catolicismo una religion mágica; y la idea de los innumerables santos hubiera hecho del catolicismo una religion politeísta. El gran políglota y filósofo, Luis Vives, en sus comentarios á la Ciudad de Dios, dice de que la mayoría de los cristianos adoran los dioses de los paganos, que los latinos y los griegos y todos los paganos adoraban como dioses. Las leyendas falsas se multiplican como las plantas que crecen en las montañas que jamás han visto ciertos países, tienen á porfia en ellos viviendas y sepulturas inventadas por el sórdido interés y admitidas por la cándida superstición. Aquella Ursula, en cuyo honor se levanta la inmensa fábrica de Colonia, que por huir de un matrimonio pagano se vá al mar y navega durante años enteros, en compañía de once mil vírgenes degolladas mas tarde todas ellas por los hunos, resulta luego en las inquisiciones de una sabia crítica, según los accidentes de su vida y hasta las desinencias de su nombre, una diosa germánica. ¿Y qué decir de las reliquias? Durante mucho tiempo, como se desconociera la geografía de la Roma católica y el sitio de las catacumbas, aloraronse como reliquias de los mártires los huesos de los paganos, que habian perseguido y acusado á los mártires y hasta las ternillas de los tigres y de los leones que se los habian comido. Los historiadores cuentan diez ó doce cráneos de San Juan Bautista. Unos de ellos estaba la vara de Moisés, un sacerdote de Gensac, la barba de San Juan, la ciudad de Vendome una agrupa de las que Carlos el Grande destruyó. No hablaríamos nunca si no fuéramos de contar toda la historia de supersticioso, de embustero, de fanático, de contrario á la paz y armonía en todas estas fábulas, que son como las fábulas paganas, nacidas por completo de su inspiración.



Erasmus